



MURCIA.

La capital de la provincia de Murcia, situada en la parte meridional de aquella, á pocas leguas del Mediterráneo, es una de las poblaciones de España en que se experimenta una temperatura mas desigual, y en el verano rigorosa, sin ser por eso insalubre y desagradable. La vista que encabeza estas líneas, á pesar de haberse dibujado hace algun tiempo, es bastante fiel para dar idea sobrada de la belleza de sus edificios y de su excelente situacion; Murcia es patria de una porcion de hombres notables en la historia de España, y aun al presente la honran con sus altas prendas crecido número de sus hijos, pues al ingenio que le es natural, hasta hace pocos años el célebre colegio de S. Fulgencio ha sido el mejor establecimiento de educacion que ha habido en la Península, y su bien entendido método de enseñanza asequible á todas las clases de la sociedad.

La provincia de Murcia se cita en España como su paraíso el año en que llueve mucho; pero la sequía que suele durar meses, y que cuando cesa, es comunmente extemporánea, la impide florecer y engrandecerse, pues su riqueza principal estriba en la agricultura.

ANTERA BAUS.

Á MI QUERIDO AMIGO D. ISIDORO GIL Y BAUS.

Artículo segundo.

En nuestro artículo anterior hemos bosquejado á grandes rasgos la deplorable situacion en que la escena española se hallaba cuando apareció la gran artista con cuyo nombre encabezamos estas líneas, y que impulsada por su amor á lo bello habia de ponerle término restituyendo al teatro nacional su antiguo perdido esplendor. Tiempo es ya de que digamos algunas

palabras acerca de esta singular mujer, que como todas las glorias españolas yace en el olvido cuando aun sus cenizas están calientes, en los momentos mismos en que se tocan los resultados de la revolucion que hizo en el arte y en la literatura.

Antes de nosotros ningun biógrafo ha tenido Antera Baus: ni un solo recuerdo se ha consagrado á su memoria, si no es un retrato litografiado hácia el año 29 por el Sr. Camaron, de tan escaso parecido, á decir de los que tuvieron la dicha de conocerla, que el dibujo de nuestro amigo D. Ricardo Ribera, que va al frente del primer artículo, ha sido preciso sacarlo de un busto de tamaño natural, del Sr. Alvarez, que posee el distinguido literato y célebre traductor D. Isidoro Gil y Baus, hijo de la sin par Antera, á pesar de que dicho busto está mutilado, y que por lo tanto no puede dar idea exacta de aquel rostro tan ponderado por sus contemporáneos. No podia por consiguiente ser mas necesaria en esta ocasion la noble tarea de que hace mas de veinte años está encargado el SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, ese memorandum nacional que escribe en sus columnas todas las glorias que van á perderse, que graba todos los monumentos que el tiempo, el descuido y el vandalismo van á reducir á montones de escombros. ¡Noble y sagrada mision la del viejo y hermoso periódico! Porque á llenarla está dedicado ha podido ver morir á millones de sus hermanos; y permaneciendo impasible en medio del movimiento periodístico, sintiéndose mas jóven cada dia, ha llegado á ser el periódico mas antiguo de España: porque á ella se ha dedicado, nos atrevemos á asegurarlo, no podrá morir ya nunca: encarnado en la gran masa nacional, siendo una parte integrante de ella, vivirá lo que la lengua española, lo que viva nuestra patria. Pero volvamos al objeto de este artículo.

Cartagena, la bella ciudad de Anibal, hija de las olas, vió nacer á la que el tiempo andando habia de ser embeleso y glo-

30 DE MARZO DE 1856.

ria de la corte el 2 de enero de 1797, siendo sus padres D. Francisco Baus, natural de Barcelona, y Doña Ventura Laborda, que lo era de Logroño.

Ninguna noticia nos queda de sus primeros años, si bien es de suponer que su educación fuese tan esmerada como en aquellos tiempos, en que aun muchas grandes señoras no sabían leer ni escribir, podía recibirla una mujer en España. La tradición teatral ha cuidado de transmitir hasta nosotros que desde su mas tierna edad era tal la vocación por la carrera en que poco despues habia de brillar en tan alto puesto, que sus padres, no pudiendo resistir á sus instancias, la sacaron del colegio cuando aun solo tenia poco mas de once años para ajustarla en el teatro del Príncipe, donde muy luego empezó á encargarse de papeles subalternos y de ninguna importancia.

Brillaban á la sazón en aquel coliseo la Rosario y María García, D. Antonio Ponce de Leon y el inmortal Isidoro Maiquez; y difícil y poco menos que imposible empresa era alcanzar una reputación en aquel teatro, que entonces lo era de sus glorias cada día. Sin embargo, como el genio no puede estar oculto y por estrechó que sea el campo que se le ofrezca ha de manifestarse, Maiquez no desconoció las grandes disposiciones de la niña artista; y antes de que pasara un año desde su primera salida, ya, aunque siempre en la esfera subalterna, era mayor la importancia de los papeles que la confiaba.

Volvió por entonces de Francia el concienzudo actor D. Bernardo Gil, que ansioso de estudiar los adelantos que el teatro hacia en países mas avanzados en la civilización, habia dejado su patria. No fué Gil á París como despues que él fueron y aun van otros á copiar un método de declamación impropio de nuestras comedias y mal avenido con el gusto tradicional de nuestro público: lo que este artista quiso aprender allende los Pirineos, y lo que de allí nos trajo, fué el difícilísimo arte de dirigir la escena, casi desconocido entre nosotros, la propiedad en los trajes y en las decoraciones y esas mil y mil pequeñeces que el espectador no nota, pero que son, por decirlo así, el perfume de los espectáculos escénicos. A su vuelta á España importó, á la vez que una multitud de reformas teatrales que le hicieron ser el primer director de escena que ha habido en nuestros teatros, cuando aun no se sabia lo que este título significaba, importó, decíamos, un espectáculo que por lo olvidado fué considerado como nuevo en nuestro país; la ópera cómica, ó como entonces se llamaba, la *opereta*.

La voz encantadora de Antera Baus, á quien no sin razón hemos llamado la moderna *Amarilis*, parecia destinarla á sobresalir en el nuevo género que, como todo aquello que lo es, formaba las delicias del público; y la representación de *La cenicienta*, una de las primeras *operetas* que se cantaron en Madrid, en la que, no sabemos cómo, la cupo en suerte el principal papel, fué su primer triunfo, revelando al público una pequeña parte de las inmensas dotes artísticas de la que en arena tan diversa habia de vencer á todas las actrices españolas.

Existía por entonces en el teatro la costumbre del padrino, que, como otras muchas, ha desaparecido por completo. La actriz ó el actor que *debutaba*, como ahora se dice, ó que hacia su primer papel de importancia, lo dedicaba á alguna persona de ilustre clase, de las muchas que á la sazón eran frenéticamente aficionadas al teatro, recibiendo en cambio de su galantería un presente mas ó menos espléndido, segun el éxito que habia alcanzado. A esta persona se llamaba su madrina ó su padrino, mediando entre estos y su ahijado relaciones tan respetuosas por una parte como paternales y afectuosas por la otra; naciendo de esto una especie de paternidad artística, cuya sombra protectora seguía siempre al cómico en su carrera como si de un parentesco natural ó espiritual fuese emanada. Al siguiente día de la primera representación de *La cenicienta* recibió nuestra joven actriz tres riquísimos trajes, que aun conserva su familia, de un enorme valor para ella, no tanto por su precio material, que era por cierto grandísimo, cuanto por ser regalo de su madrina de la noche anterior, una dama principal de la grandeza, que si mal no recordamos fué tambien su madrina en

la pila bautismal. El triunfo de Antera como cantante habia sido completo; pero no era este el camino por donde el arte la llamaba.

Preparábase en el coliseo del Príncipe una especie de solemnidad artística, bien rara en aquellos tiempos de degradación literaria en que el mal gusto del público y el peor de los cómicos directores habia llegado al punto que se ha visto en la rápida ojeada que sobre la situación teatral hemos echado. D. Antonio Ponce de Leon, acreditado actor y tío político de Antera, iba á reproducir *El sí de las niñas*, la perla de nuestro Moratin, no representada hacia algunos años, ofreciendo esta función la notable circunstancia de volver á presentarse en la escena, tras mucho tiempo de jubilación, la María Rivera, desempeñando el papel de Doña Irene, que con universal aplauso habia ejecutado en el estreno de la inmortal comedia. El talento que en *La cenicienta* habia dejado entrever Antera, su corta edad, frisaba á la sazón en los catorce, su linda figura y acaso el cariño de pariente, decidieron á Ponce de Leon á confiarle el papel de Paquita, de aquella Paquita tan tierna y tan tímida, tan apasionada y tan débil á la voluntad materna, tan joven y tan hermosa, tan dulce y tan melancólica, que al decir de los antiguos aficionados no hemos vuelto á ver desde entonces en el teatro. Terrible era la prueba para la novel artista.

¡Salir por primera vez á la escena, que esta era verdaderamente su salida, en un papel tan difícil y tan poco brillante, siendo tan joven y tan inexperta, y en una comedia clásica, ante aquellos espectadores de paladar estragado que necesitaban recio aguardiente con pimienta en vez de agua pura y cristalina para apagar su sed de espectáculos; salir en una comedia toda sencillez, toda ternura, toda delicadeza, sin un mal recurso comellescico, ante los *chorizos* y *polacos*, nombres con que se designaban los dos bandos del Príncipe y de la Cruz en que el público madrileño se habia dividido, cuando habia tanto Don Hermógenes, tanto D. Eleuterio, tanto *Pipi* que gustaba de las comedias de traidor y de puentecillo roto! ¡Si siquiera Moratin hubiera tenido el talento de poner la escena en Alemania! ¡Si siquiera D. Cárlos se llamara Federico!

Pero *chorizos* y *polacos* aplaudieron, y unidas á las palmadas del concienzudo D. Pedro resonaron las de D. Hermógenes, las de D. Eleuterio y ¡hasta las del Pipi! porque á pesar de que el maestro haya dicho que al público debe hablársele en necio para darle gusto, pues que lo paga, él no le habló en necio nunca; porque el público, por mas descaminado que vaya, aplaude siempre lo bueno y lo bello; porque al público, á pesar de lo que el gran Lope dijo en un momento de despecho, debe hablársele en sabio, pues que lo paga y es *justo* mostrarle el camino y no darle gato por liebre, por mas que el gato á liebre le sepa, que ese es amaño de vil y miserable ventero, no de quien se llama poeta ó artista, hijo predilecto de Dios; y en fin porque si á los necios y á las medianías toca someterse á la opinion, de los genios es conducirla por el verdadero camino, luchando con ella cuerpo á cuerpo y vencéndola siempre, que en lucha tal nunca se deja de vencer á la larga ó á la corta.

Al día siguiente de la reaparición de la María Rivera, que esto y no otra cosa significaba para la mayoría del público la reproducción de *El sí de las niñas*, todo Madrid sabia que en la tan aplaudida cantante de *La cenicienta*, la *dama de canto*, como entonces se llamaban en el teatro las tiples y las *primas donnas*, tenia una nueva *dama de verso* á quien aplaudir; y acaso, si el amor propio y el orgullo artístico tan comun en los cómicos se lo permitian, pensaban las Garcías que se les presentaba una terrible rival en el palenque, y que pronto el sol de su gloria iba á ser oscurecido por otro muy mas brillante.

Sin embargo nuestra Antera no habia aun podido dar rienda suelta á su genio, ni, encargada siempre de figuras de segundo término, pudo dársela hasta pasado algun tiempo. Contenta al parecer con el paso que habia dado, demasiado niña para no estar muy satisfecha en el puesto que se acababa de conquistar, continuó en él sin que nada hiciese creer que pudiera lanzarse á otro mas elevado.

Empezaba á correr el año de 1813, y hacia un mes que la encantadora niña habia cumplido los quince años, cuando nuevos cuidados vinieron á hacer latir su corazón que hasta poco tiempo antes no habia palpitado sino al rumor de los aplausos; nuevas ilusiones comenzaron á germinar en su cabeza, que hasta poco tiempo hacia no habia soñado mas que con victores y laureles. Pero el amor es hermano de la gloria, y antes la alienta que la contiene; son mas que hermanos, que la una no se concibe sin el otro. En febrero de 1813 contrajo matrimonio Doña Antera Baus con D. Bernardo Gil, de quien ya hemos hablado, y que era viudo de la señora Zárate, actriz de los sitios, y padre de Don Bernardo, algo conocido como traductor, y del Excmo. Sr. Don Antonio Gil y Zárate, tan reputado despues por sus obras dramáticas como por los altos empleos que ha desempeñado en la administración.

Entraba España por entonces en una nueva época. El último batallón francés habia sido arrojado á bayonetazos de nuestro suelo; pero con la sangre de sus hijos la Francia habia dejado sembradas fecundas ideas en nuestra tierra. Sin que hagamos mérito de la revolucion política que acababa de verificarse, un extraño cambio se operaba en las ideas: deseos de progreso y adelanto nunca sentidos se despertaban en esta buena y hermosa patria de la indolencia y el *dolce far niente*. Como el cisne de Pésaro, como el gran Rossini, los españoles despues del placer de no hacer nada, no comprendian otro mayor que el de comer; pero empezaban á sentir vagamente que despues de la heroica lucha de titanes en que acababan de vencer al gigante del siglo, era necesario hacer algo.

Este movimiento alcanzó al teatro como á todo. El público, que comenzaba á disgustarse de aquello mismo que tanto le habia deleitado, sentia ya vagamente la necesidad de un manjar menos grosero. No pudiendo definirse claramente su disgusto porque ignoraba, puede decirse así, que habia comedias, echó la culpa á lo que mas á la vista tenia, á los cómicos. Maiquez estaba demasiado alto para que á él se atreviese: la Rosario y la María García dejaron de pertenecer á la compañía del Príncipe.

Hallóse Isidoro Maiquez sin dama, é imposibilitado por consiguiente de seguir sus tareas. Acordóse entonces de aquella Paquita tan aplaudida, y á los pocos dias, trasformada en Malvina, el público aplaudió como nunca el *Oscar*, y el nombre de la trágica de quince años corria con asombro de boca en boca. Durante aquel año todas las obras en que mas brillaba aquel gran trágico, *Otelo*, *Cain* y otras muchas, fueron desempeñadas en medio de un entusiasmo frenético por la nueva primera dama del teatro del Príncipe, que á continuar al lado de Isidoro hubiera sido, á no dudarlo, tan grande como él en este género. Pero tampoco era este el camino por donde el arte llamaba á Antera, destinada para mas altos fines.

Ansiaba Maiquez poner en escena la *Atalia*, y teniendo como tenia la conciencia del genio de su discípula, repartióle el papel de la protagonista. Antera aterrada ante la idea de representar una figura de tal magnitud, poco segura de sí misma, porque la modestia es gemela del genio, devolvió el papel á su maestro. Insistió este; y no pudiendo la jóven actriz dominar el pánico que de ella se habia apoderado á la vista de aquel papel, negóse terminantemente á ejecutarlo sin tener en cuenta las repetidas instancias de Maiquez. Desde entonces el lazo que los unia quedó roto, y solo faltaba una ocasion para que se separasen.

Antera sin embargo se mantenía firme, y á pesar del enojo y de la enemistad de su maestro, á quien como á tal respetaba, la *Atalia* no se puso en escena.

¡Singular contraste el que ofrece la conducta observada entonces por una actriz, niña, querida y halagada del público, en los primeros pasos de su carrera, con la de muchos de los que se dedican á ella en el dia, cuya petulante arrogancia les ciega á punto de no querer encargarse desde los primeros años sino de los papeles mas difíciles é importantes! Hemos visto á muchos cómicos desechar un papel por de poca importancia; pero ni uno solo sabemos que se haya devuelto por creer aquel á quien estaba destinado que era superior á sus fuerzas. Si en otra cosa no,

en esto de creernos aptos para todo, hemos adelantado mucho. Ya se sabe, el papel de mas brillo es para el primer actor, sea viejo ó jóven, préstese ó no á sus facultades físicas y morales. De audaces etc. Pero volvamos á nuestro asunto.

Terminada la temporada cómica y disuelta la compañía del Príncipe, Antera, disgustada de la tragedia y no muy bien avenida con Maiquez desde el reparto de la *Atalia*, no quiso volver á trabajar en aquel teatro.

El gallardo y simpático Juan Carretero, tipo el mas acabado del galán tradicional español, organizaba á la sazón la compañía de la Cruz. Antera firmó su escritura para aquel teatro.

A contar de este dia data lo que podemos llamar verdaderamente su vida artística; á contar de ese dia data la resurreccion de la escena nacional.

En el horizonte literario comenzaba á clarear la alborada del teatro español.

Pero hemos llegado al período verdaderamente importante de nuestro relato, y por segunda vez notamos que son estrechas las columnas del SEMANARIO. Lector, si este trabajo no te agrada, haz cuenta que de tres partes llevas corridas las dos, y dí por lo tanto que quien pasó lo mas que pase lo menos, al paso que si te gusta, que no lo creemos, no te vendrá mal un tercer artículo. De todos modos, si el autor no, no me negarás que el asunto lo merece.

DIEGO LUQUE.

NOSTALGIA.

POR

D. Antonio de Trueba.

(Continuacion.)

En tanto que el dependiente se acostaba á beneficio de la luz colocada en el pasillo frente á la puerta del cuarto, D. Lucas apuraba su cigarro, tomaba la palmatoria, hacia cuatro fiestecitas á los perros acostados en un mullido colchoncito, y subia á hacer un rato de compañía á sus tíos que gustaban charlar un rato de sobremesa por no ir á la cama con el bocado en la boca, como ellos decian.

Si D. Juan Quijano hubiese tenido un huésped, y este huésped le hubiese preguntado:

— ¿Por qué baja su sobrino de V. al escritorio no bien acaba de cenar? D. Juan le hubiera contestado:

— Baja á acostar los perros y el chico, á dar un vistazo por abajo á ver si todo está bien cerrado, y á traerse la luz, porque en este Madrid hay que tener mucho cuidado con los fuegos. Como estos muchachos son tan dormilones, Lucas conoce que maldita la gracia tiene que el chico se esté ahí dando cabezadas porque nosotros tengamos gana de parola, y se apresura á llevarle á acostar.

A Angel sucedió ni mas ni menos lo que habia sucedido á sus antecesores, con la diferencia de que al pobre chico le fué mas sensible el acostumbrarse á media racion, porque como en todo el dia no habia entrado gracia de Dios en su boca, tenia una hambre canina. Una persona adulta, teniendo la pena que él tenia, hubiera mirado con repugnancia la cena, aunque se hubiera estado cayendo de debilidad; pero un pobre niño si pierde el apetito por algunas horas, le recobra muy pronto por muy acerbos que sean sus penas.

Angel se acostó, y D. Lucas se despidió de él diciéndole:

— A ver si por la mañana se pegan las sábanas, que á Madrid no se viene á comer y dormir. A las seis, á barrer bien la oficina.

D. Lucas, como hemos visto, era muy aficionado á ese género de lenguaje ímpersonal que para esquivar el tratamiento han inventado los lacayos y los militares.

VII.

Angel halló en la soledad de su dormitorio la compensacion

de la parte de cena de que la viveza de D. Lucas le había privado. Allí podía llorar, pedir á Dios que le volviese á sus montañas, invocar el nombre de sus padres y hasta execrar á los que le maltrataban, sin que una burlona carcajada, un humillante dicterio ó un golpe viniesen á interrumpirle.

¡Ay! ¡Cuánto lloró la pobre criatura aquella noche!

¡Qué triste es vivir en Madrid! decía. De Madrid al cielo, suelen decir en mi tierra. ¡Bien se conoce que no han estado aquí los que tal dicen! ¡Las calles y las plazas estan convertidas en lodazales, la gente tropieza una con otra, los carruajes y las caballerías atropellan y llenan de lodo al transeunte, las canales empapan de agua al que transita por las aceras, y el aire que viene de los puertos hace brotar la sangre de las manos y la cara!..... No es así en mi país: no es así en los campos de Vizeaya. Allí blanquea la nieve rasa y pura sobre la yerba y las peñas, sobre los tejados y los árboles, y cuando el sol ó la lluvia la derrieten, no se convierte en lodo, que se convierte en claros arroyuelos; allí no se apiñan, y se atropellan, y se confunden las gentes, y los ganados, y los carruajes, que Dios ha dado á todos holgura y campo en que espaciarse, y si soplan allí los aires frios del invierno, dan la salud en vez de quitarla. ¡Ay! ¡Qué diferente hubiera sido para mí el día de hoy si le hubiera pasado en mi aldea! Hubiera salido al campo á trotar en la nieve, hubiera formado bolas de nieve en la cumbre de la montaña para verlas rodar al valle, hubiera vuelto á casa, y despues de calentarme y almorzar al amor de la lumbre, hubiera subido al sobrado á coger los pájaros que buscan allí abrigo contra la intemperie, y el alimento que la nieve les oculta en el campo, y en tanto que mi madre preparase la cena, mi padre y mi abuelo me hubieran contado sus hazañas del tiempo en que fueron militares. Despues de cenar me hubiera acompañado mi madre hasta mi cama, me hubiera abrigado cuidadosamente, se hubiera despedido de mí con un dulce beso, y en este instante no estuviera despierto y llorando como estoy, que dormiria tranquilo hasta que por la mañana fuera mi madre á despertarme con otro beso.

Así diciendo y así pensando pasó Angel casi toda la noche. Comenzaban á oirse en la calle las voces de los vendedores, el ruido de los carros y las pisadas de los transeuntes, cuando el desvelo y el cansancio del cuerpo y del alma atrajerón sobre él un benéfico sueño.

Quedóse, pues, profundamente dormido: sus mejillas se pusieron sonrosadas, su semblante, su actitud y su respiración revelaban una dulcísima calma; una apacible sonrisa entreabria sus labios, y de cuando en cuando se escapaba de ellos el nombre de « padre, madre » á otros que debian ser tan gratos como estos al desventurado niño. Ora soñaba que se hallaba en su país, rodeado de su familia, jugando con los compañeros de su niñez; ora que corria por las riberas del rio que fecunda el valle donde nació; ora que trepaba á la copa de los árboles á coger el nido de la paloma torcaz ó del picazo; ora que derribaba á pedradas el fruto del manzano ó del nogal; ora que iba á la seba á hacer silbos con la corteza del castaño ó al arroyo á hacer molinos de junco; ora que subía á la cumbre de la montaña coronada por una ermita, en torno de la cual llamaba el tamboril á la romería; ora, en fin, que era la noche de S. Juan, y alumbraban el valle las hogueras encendidas en los cerros y le alegraban el repique de las campanas, el disparo de las escopetas, y los cantares y los gritos de placer que acompañan á la Sanjuanada.

Y entregado á aquellos dulcísimos sueños, que al que escribe estas páginas es lícito adivinar quizá mejor que á ningun otro porque ha llorado y ha soñado como Angel, no sintió el pobre niño las siete de la mañana que sonaron en el reloj del despacho de su principal.

VIII.

Manuel y Cipriano, que así se llamaban los otros dos dependientes del banquero, bajaron á la oficina, y como no hallaran á Angel levantado, se encaminaron á su cuarto.

—Despertémosle, decía Manuel, porque si baja D. Lucas y le encuentra dormido, le hace la *operacion*.

—Anda, replicó Cipriano, dejémosle, que nos vamos á divertir si se la hace. ¡Lástima que no tengamos un buen manojo de hortigas como aquellas de nuestro país que levantan ampollas como garbanzos!

—Hombre, no tengas malas intenciones, que harto rabió ayer el pobre chico, sobre todo con lo del peso.

—Anda, que se fastidie, que tambien nosotros nos fastidiábamos cuando éramos como él.

—Pues yo creo que por lo mismo que á nosotros nos trataron mal, debemos tratar bien á los que son lo que fuimos nosotros.

Y al decir esto se acercó Manuel á la cama de Angel, y empezó á menear á este y á llamarle; pero Angel seguia profundamente dormido.

—¿Qué es eso? preguntó D. Lucas presentándose á la puerta del cuarto. ¿Está todavía en la cama ese modrego?

—Sí señor, contestó Cipriano con cierta fruición.

D. Lucas echó un *pecado*, y añadió dirigiéndose á Cipriano.

—Vereis qué pronto le despabilo yo. Sube por un jarro de agua de la tinaja, que le voy á hacer la *operacion*.

Cipriano, que parecia cortado por el mismo patron que Don Lucas, se apresuró á obedecer frotándose las manos de regocijo conforme subia la escalera. En la meseta de esta y apoyado en la barandilla de hierro que daba á un patio cubierto por un emplomado, estaba Rosendo escuchando lo que pasaba abajo, pues se oía desde allí perfectamente.

—D. Cipriano, dijo, ¿qué es eso?

—Que voy por un jarro de agua para hacer la *operacion*.....

—¿Al rocin-venido?

—Sí. Verás como nos vamos á divertir.

—Mil demonios me lleven si yo no habia adivinado que habria que hacérsela. ¿Agua de la tinaja dice V.? Ca, no sea V. bobo. El agua de la tinaja como está cerca del fogon, está templada. Venga V. acá, D. Cipriano, que de intento puse yo anoche en este tejadillo un buen jarro de ella.

—¡Qué talento tienes, Rosendo! exclamó Cipriano en tanto que el bruto del asturiano alcanzaba del emplomado un jarro lleno de agua.

—¡Qué rica debe estar! añadió viendo que el agua estaba cubierta de una espesa capa de hielo, que quebrantó con los nudillos de los dedos conforme bajaba la escalera.

Rosendo, no queriendo privarse del bárbaro placer de ver la operacion que iba á hacerse con el pobre niño, bajó muy alborozado tras de Cipriano.

D. Lucas cogió el jarro, y apartando la ropa que cubria al niño hasta la boca, derramó de golpe toda el agua en el pecho de la inocente criatura con mucha alegría de Cipriano y Rosendo, pues Manuel mas bien compadecia á Angel que celebraba el mal trato de que era victima.

Angel dió un grito y un salto al sentir en su cuerpo el agua helada.

—¡A ver si te despabilas! dijo D. Lucas terminando la frase con otro *pecado*.

El pobre niño no replicó, no trató de disculparse. Arrojóse inmediatamente de la cama y se vistió en silencio. Sus ojos no derramaban lágrimas; pero su corazon derramaba sangre! A la cabecera de su cama habia una ennegrecida estampa que representaba á Jesus crucificado. El niño alzó los ojos á la santa imagen, y exclamó en el fondo de su corazon:

—¡Señor! ¡llévame al cielo ó á mis montañas!

IX.

En medio de la nube de tristeza que le rodeaba, brilló para el pobre Angel un rayo de esperanza. Por las conversaciones que oyó á D. Lucas y á sus compañeros conoció que los dependientes de Quijano iban de caza los días festivos, y por consiguiente concibió la esperanza de participar de aquel solaz, de desquitarse

se de la tristeza y la opresión de toda la semana con un día de alegría, de esparcimiento, de libertad.

De todas las necesidades que experimentaba, la mayor era la de respirar un instante libremente, la de ver el cielo y el sol, los árboles y los campos.

Manuel era el único que dirigía la palabra al triste niño sin la aspereza y la burla con que se la dirigían siempre D. Lucas y Cipriano. Así, pues, tras un día ó dos de vacilaciones, Angel se atrevió á preguntarle si podía él esperar que se le permitiese también salir al campo el domingo.

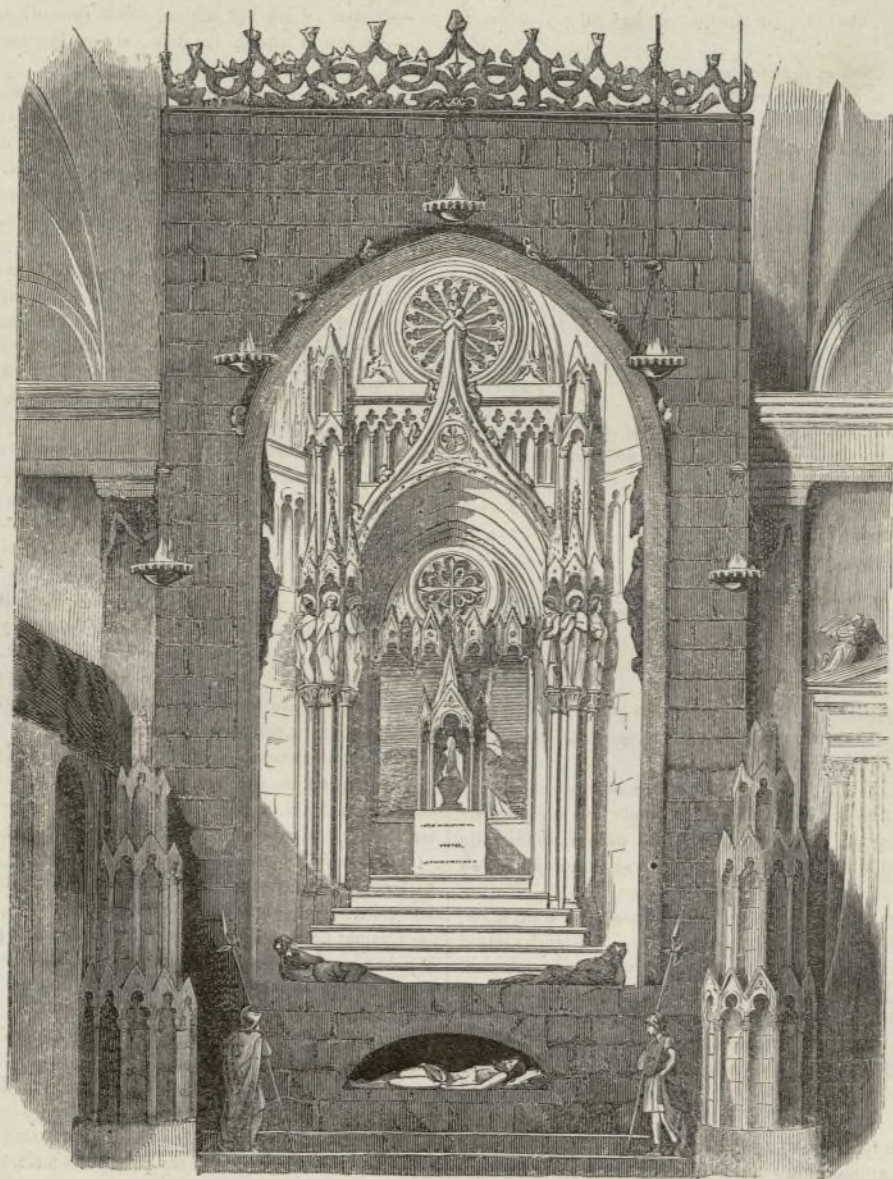
— Eso por sabido se calla, le contestó Manuel.

Esta contestación, para otro demasiado brusca y lacónica, hizo llorar de agradecimiento y de alegría á Angel; de agradeci-

miento, porque encerraba un tesoro de bondad y de indulgencia comparada con las que el niño recibía frecuentemente en aquella casa, y de alegría porque confirmaba sus hermosas esperanzas.

Ya no se le hacían al pobre niño desabridas las palabras de D. Lucas, ni crueles las burlas de Cipriano y Rosendo, ya no le parecía insoportable el trabajo á que se le sometía desde la mañana á las altas horas de la noche, y hasta el cuarto en que dormía, húmedo, frío, triste y desamparado le parecía abrigado y alegre, porque en él soñaba con los placeres del domingo, porque en él se entregaba á sus risueñas esperanzas de gozar un día á la semana de placeres semejantes á los que diariamente le habían sonreído en los campos de su país.

(Concluirá.)



MONUMENTO DE JUEVES SANTO EN LAS CALATRAVAS.

Encabeza el presente artículo la vista del monumento que la orden de Calatrava ha erigido para los oficios de Semana Santa en el convento de sus Comendadoras, obra sencilla pero hábilmente desempeñada por el señor Tomé. La magnificencia de las funciones religiosas de Jueves y Viernes Santo, y el laudable celo demostrado en ellas por los esclarecidos soldados de S. Raimundo, despertaba en los fieles de corazón que han tenido la

suerte de presenciarlas, una consoladora idea sobre la firmeza de las creencias religiosas de los españoles, tanto mas arraigadas cada día que aparece para ellas un nuevo peligro, y remontando la imaginación á pasados tiempos, saltaban al recuerdo todas las grandezas de España, encarnadas en los hábitos blancos y las cruces rojas, por las proverbiales hazañas de los caballeros cristianos,

PARIS FISICO Y MORAL

estudiado durante la exposicion de 1855 por un español.

(Conclusion.)

Bien es verdad que en cada calle, en cada casa, en cada puerta y hasta en cada ventana hay un cartel que dice: — «Habitaciones amuebladas para alquilar.» — «Piezas separadas para huéspedes.» — «Departamentos vacíos para viajeros;» — pero también es cierto que aun cuando no se alquilan por el precio que tienen asignado, llegarán á alquilarse muy en breve en cantidad mayor, tan pronto como asome á París la cuarta quinta parte de la humanidad á quien se espera. — Hasta entonces no habian llegado mas que tres.

— Perdonad, caballero: ¿es aquí donde hay salas y gabinetes para alquilar?

— Con efecto, señor, dignaos tomar asiento.

— Descaría, si os place, recorrer cuanto antes esos salones.

— Estais, caballero, en uno de ellos.

El extranjero habia tomado aquella pieza por una jaula.

— ¿Tendreis la bondad de decirme, si no os molesto, cuánto habré de pagaros por su alquiler?

— Yo os diré, señor: hace dos meses os le hubiera cedido por sesenta francos; dentro de seis meses, esto es, para setiembre, os lo dejaré habitar por treinta; pero lo que hace en el día, es tanta la afluencia de gentes á la exposicion, que no podré entregaros las llaves menos de doscientos veinticinco francos por un mes.

— ¿Estais en vuestro juicio? — exclamaba admirado el pretendiente.

— Y dentro de dos días — continuaba imperturbable el pretendido, — aguardo á otro señor inglés que me dará trescientos por esta pieza.

— ¿Pero no veis, señor, que está medio desocupado París?

— Ya se ocupará.

— ¡Es el caso que la estacion avanza y no viene mas gente!....

— ¡Ya vendrá!

— Tendré el sentimiento de alejarme de aquí sin que nos arreglemos.

— Podeis hacerlo, si os place, caballero.

Y salia el infeliz español de aquella casa para entrar en otra y otras ciento, desalquiladas todas, pero esperando alquilarse cuando la nueva irrupcion de los bárbaros.

Necesitando al fin una vivienda, veíase obligado á aceptar buena ó mala una de mucho precio, en donde previo el pago de sus alquileres y un eterno diálogo con el patron, seguido de otro interminable con la portera, embutia su humanidad y su equipaje.

En esto de hablar nos llevan los franceses una ventaja inmensa. Déjeseles decir una relacion muy larga, entiéndansela ó no, escuchénsela ó dejen de escuchársela, que en habiendo acabado se quedan tan contentos. No importa que interrumpais á un francés para decirle que no le comprendeis bien; no importa que añadais lo inútil que está siendo con su charla, á la cual no haceis caso; él os encajará la relacion todita entera, sin detenerse á tragar saliva hasta el final. — Son la gente de los monólogos.

Como buen forastero os aguija la comezon de ir al teatro, mayormente en una capital donde tantos y tan buenos los hay. Tomais el plano de la villa, plano que os han dicho si queréis comprar mil veces cada hora, y os encaminais al espectáculo.

Un señor bien portado os detiene.

— Perdonad, caballero, — dice descubriéndose, — ¿vais hacia el teatro de tal?

— Precisamente.

Los franceses nunca se equivocan en estos casos.

— Y decidme, si lo teneis á bien: ¿habeis tomado localidad con anticipacion?

— No tal, señor mio, soy extranjero.

— Se os conoce á la legua, y disculpad mi acierto. Tengo el sentimiento de decirlos que no podeis ver esa funcion.

— Y ¿por qué? Si os dignais explicarme.....

— Porque no hay una sola localidad en la oficina.

— Iré á otro teatro.

— Os sucederá lo mismo, señor.

— Pues acaso....

— Es tal la afluencia de extranjeros con motivo de la exposicion, que los billetes se venden todos en la primera hora de la mañana. Yo sin embargo tengo uno que poder ofreceros por solo el doble de su valor. Ya veis que no soy exigente, pues dentro de algunos minutos hallaria quien me diese el cuádruplo.

— Tomad, y muchas gracias, — exclama el extranjero.

— Yo soy el que os las debe, señor. Que os divirtais, — añade.

Y saca una tarjeta primorosamente litografiada, con las señas de donde en ocasiones parecidas podrá encontrarle.

Inútil nos parece advertir que el extranjero entra en el teatro y halla una cuarta parte de la localidad vacía.

Pero bien pronto olvida el petardo del corredor de billetes, cuando el excesivo calor que hace en el teatro le obliga á buscar un café en donde refrescar.

Nosotros los españoles, que tan acostumbrados estamos á esa exquisita horchata de almendra, medio fría, tan agradable como útil para el acaloramiento; nosotros que paladeamos tan ricamente en nuestros cafés el agua de naranja limpia y pura, el limon, el agraz y la grosella; nosotros á quienes un solo vaso de agua fresca, cogida del manantial por el mismo que la vende, nos satisface y tranquiliza el cuerpo á la vez que regocija nuestro paladar; nosotros, en fin, que cuando pedimos pan, queremos pan, y cuando vino, vino solamente, sufrimos en Francia y sobre todo en París lo que no es decible con las fatales interpretaciones de los franceses.

Aparte de que ellos no conciben el refresco ácido y azucarado, sino el fermentado y alcohólico; aparte de que refrescan con sangría y se entretienen con cerveza de Lille, y se tranquilizan con rom de la Jamaica; aparte de esto y de la extrañeza que les causa oír que se pide agua de limon, ó de naranja, ó simplemente agua, nunca sirven aquello que solicita el extranjero, sin adulterarlo y adornarlo con superfluidades. Las bebidas ácidas cargadas de esencias olorosas; los sorbetes espesos y aromáticos como el *filocomo* del pelo; el agua con azucar, azahar ó gotas de qué sabemos qué; siempre aliño, adorno y compostura, para disimular lo insípido del elemento que arrastra el Sena, y para recargar el precio de una manera fabulosa.

Café, es café y una copa de rom; sorbete, es sorbete y bizcochos, y barquillos, y pasteles, y otra porcion de cosas. Chocolate es..... pero sobre todo el chocolate.

Quando un español entra en un café de París por la mañana y pide chocolate, ¿cuál no será su sorpresa al ver al camarero venir en un momento (eso sí) con una enorme bandeja entre sus manos, provista de las cosas siguientes?

En primer lugar, un precioso salero bordado de sal blanquísima y cernida.

Despues, una bandeja de plata cubierta de rábanos pequeños.

En seguida, un cestillo de paja de Italia con pedazos de pan.

A un lado, otro cestito de pita de colores llenito de bizcochos.

Detrás, otra cestita de otra cosa, con cuchillo, tenedor y cuchara.

(Aun no se descubre el chocolate.)

Mas allá, un azucarero con azucar.

A un lado, una botellita tallada con azahar.

Hacia la izquierda, una botella grande con agua.

— ¿Si vendrá el chocolate?

A la derecha en segundo lugar, un tazón de china vacío; — ¿cómo sudamos!

En último término, al fin, — ¡loado sea Dios! — una gran chocolatera de plata provista de su correspondiente molinillo.

Toda esta espetera gastronómica se comprende en París bajo el modesto nombre de chocolate, siempre que el chocolate se pide por la mañana. — Arrellanado en un cómodo sillón y con la expresión de la gula en el semblante (los franceses son felices mientras comen), embucha cualquier pacífico ciudadano toda aquella menestra, tomando á cucharadas los pedazos de pan y de bizcocho que sobrenadan en el tazón de chocolate, alternando esta pesca con rábanos cubiertos de sal, y empuñándose al fin un pote de agua azucarada y aromatizada que les deja el cuerpo como nuevo.

Hé aquí también lo que sirven al caballero inglés todos los días cuando pide chocolate, aunque haya repetido dos mil veces que para chocolate quiere chocolate.

La cuenta de la dama del mostrador es la que justifica esta insistencia.

V.

Cansado el extranjero de las violentas sensaciones que produce París, y aun mas fatigado todavía por el enorme ejercicio que su extensión proporciona al cuerpo, gusta en no pocos casos de retirarse á su vivienda, para allí, en el retiro de su soledad discurrir sobre las maravillas que ha visto, sobre las ridiculeces que ha palpado, y sobre las ridiculeces y maravillas, pues de todo hay mucho, que le quedan aun por reconocer.

Solo y en uno de sus momentos de letargo, semi-inteligente, semi-estúpido se encontraba el autor de estas líneas una noche de mayo, cuando la puerta de su gabinete giró sobre sí misma, sin previo anuncio, dejando paso á la escuálida aunque empalaginada figura de su *madama la portera*.

(Y aquí va á permitirnos el lector que le incomodemos algun tanto con un cuento ó sucedido personal, en gracia de que lo que va á referirse, lejos de ser un suceso extraño y privativo, acontece cada día bajo diversas formas con todos los extranjeros en París, principalmente en tiempos de la exposición.)

No dejó de sorprendernos tan extraña visita, á semejante hora y por semejante mueble realizada; pero bien pronto tornamos á nuestra calma, al oír la expresarse en estos términos.

— Perdonad, caballero, que venga á molestaros tan intempestivamente; pero desde el momento en que tuve el gusto de veros, me habeis inspirado tan grande simpatía, que no quiero dejar ocasion de emplearme en vuestro obsequio.

— Mil gracias, madama, — le contestamos.

— Es el caso, — prosiguió, — que..... (no sé si me atreva á deciroslo); ¿me dais permiso para hacerlo?

— Sea lo que quiera lo que penseis decirme, os lo doy.

— Pues bien, caballero, tengo advertido que os expresais con mucha dificultad en nuestro idioma.

— Ciertamente que sí; y en verdad que la tal advertencia no merecia tantos perdones.

— Yo os doy gracias por vuestra amabilidad.

— Proseguid.

— Como decia, para el que tiene dificultades en hablar una lengua, no hay como el uso.

— Ya, — le interrumpimos, — y vos veniais á proponernos que hablemos algunos ratos en francés para que.....

— Nada de eso, señor, nada de eso; soy yo muy poca cosa para tomarme libertades y exigir honores por el estilo. Me refiero á una señorita de esta casa (lindísima por cierto) que ocupada por el día en su taller, tiene sin embargo las noches completamente libres, y en ellas puede, contando con vuestra exquisita cortesanía, recibir en su cámara ó bajar á la vuestra y conversar con vos cuanto gustéis.

— Vuelvo á daros las gracias, señora, — replicamos á la portera, — y seguramente que él favor que me haceis merece mayor premio. Yo pasaré con mucho gusto á la cámara de esta señorita, y será el honrado en recibir sus amables lecciones.

— Podeis pasar ahora mismo si gustais. Nos espera.

— No será yo quien la tenga aguardando mucho tiempo, —

dijimos; y tomando tras de madama por un pasillo que conducia á la escalera alta, llegamos prontamente á la habitación de la linda profesora.

— Entrad, — dijo la acompañante empujando la puerta, é imprimiendo á la vez á nuestro cuerpo algo de impulso coqueton. Entramos.

Era, en efecto, linda la jóven que se ofreció á nuestros ojos. Con una apariencia como de diez y ocho años; rubia, ó mas bien castaño claro su pelo en tirabuzones sobre los hombros; una gorrita imperceptible y mona; bata blanca rizada á la cintura; un libro entreabierto en la mano izquierda y el dedo índice de la derecha sirviendo de hierro torcedor á su rizo del mismo lado, tal se hallaba la galante profesora al dirigir por primera vez la vista á su discípulo.

— Tened la bondad de sentaros, — articuló en seguida.

— No lo haré, señorita, — la dijimos, — sin daros las gracias por vuestra amabilidad.

— Eso me toca á mí, caballero.

— Ahora os las debo doblemente, — repetimos.

— Por lo que veo, vos sois inglés.

— No tal, señorita.

— Con efecto, vuestro acento parece italiano.

— Tampoco.

— ¿Sois alemán acaso?

— Español, señorita, y de Andalucía.

— ¡Ah! ¡Bellísimo país! — exclamó encantada; — creed que yo tengo delirio por todo lo español.

— ¿Habeis estado en España?

— No ciertamente, caballero.

— Conocereis y tratareis á muchos españoles.

— A ninguno.

— ¿Acaso habeis leído por largo tiempo libros de mi país?

— Ya veis que no comprendo el idioma.

— Perdonad, señorita, si entonces no sé á qué achacar vuestro excesivo delirio por todo lo español.

— ¿Y cómo quereis que no le tenga, — añadió tomando un aire de la mas refinada coquetería, — cuando es un país que produce jóvenes tan finos y tan galantes como vos?

— Gracias, señorita, — dijimos medio avergonzados.

— ¿Hace mucho que habitais en París?

— Algunas semanas solamente.

— Y ¿venís por largo tiempo?

— Por un semestre.

— ¿Sois comerciante?

— No tal.

— Vivireis de vuestras rentas, ¿no es esto?

— Tampoco, señorita, no poseo rentas.

— Entonces alguna comision.....

— Precisamente.

— ¡Oh! Debeis estar muy bien retribuido, porque los gastos de París son excesivos.

— ¡Tal cual!

— ¿Os divertís mucho?

— Poco, señorita.

— ¿Habeis estado ya en Mabilie?

— Aun no.

— ¡Oh! Pues entonces tendré el honor de ser vuestra compañera en el baile de mañana. Es una fiesta excelente.

— Así me han dicho.

— Pero ahora que caigo, — repuso la jóven como turbada, — os he ofrecido de repente una cosa que tal vez no me sea posible cumplir. Mis adornos todos son conocidos en Mabilie, y yo no debo exponeros al ridículo de acompañar adornos en segunda edicion. Debo, pues, corregirlos y aumentarlos.

— ¿Para qué, señorita? ¿Tanto honor!

— No tal; es preciso. Un gastillo de ochenta francos, — añadió en tono despreciativo. — En fin, se hará; ¿no es cierto que se hará, caballero?

— Si vos os empeñais.....

— Con que buenas noches, mi querido amigo. Ya debeis re-

tíraos. Es tarde y no quiero tomar bajo mi conciencia el pecado de haberos hecho trastrochar. Preparaos para el baile. Madama la portera os dirá lo demás.

Dijo, se levantó de su asiento, nos dió la mano, apretóla por dos veces, abrió la puerta, y sacando su bujía hasta la altura de la escalera, nos hizo un gracioso mohín y desapareció.

Ahora, si el lector quiere conocer el fin de la historia, le diremos que no tratamos de saber *lo demás* que había de decirnos madama la portera; que no tomamos lección de francés, y que no volvimos á ver á Ceres (tal era el nombre de la señorita) hasta algunas semanas después, en aquel mismo baile de Mabilie á que nos había citado el primer día.

Y si aun solicita mas datos del personaje, añadiremos que Ceres no pertenecía ni con mucho á la clase de las cuarenta mil mujeres cuyos nombres figuran en el gran libro de la policía de Paris.

Ceres formaba parte de otras cien mil de un género diferente.

Era griseta.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

Un artesano muy aficionado á beber, se puso un día á discutir con un amigo las virtudes del vino y diciendo por último que un vaso de este precioso licor era suficiente á sostener á un hombre, contestó el otro: niego la consecuencia, porque yo he bebido mas de cuarenta, y no he podido tenerme de pié.

Un mozo que salió quinto se jactaba de ser tan valiente como el Cid. Cuando regresó de la guerra le preguntó un tío suyo qué hazañas habían sido las suyas: ¡Ahí es nada! contestó: ¡he cortado un brazo á un suizo!..... Hombré, mejor hubiera sido cortarle la cabeza. ¡Oh sí, pero eso ya estaba hecho!..... respondió muy ufano.

Delicias domésticas.

Sepa todo el que me escuche
alto, bajo, grande ó chico,
que tengo mujer y suegra,
tres cuñadas y diez hijos.

Si me muero, subo al cielo
con zapatos y vestidos,
y aun con ir al purgatorio
habré ganado infinito.

No tengo miedo á los diablos,
ni me asustan sus martirios,
solo siento que allí haya
suegras, cuñadas y niños.

Que aunque los diablos son muchos
no regañan ni dan gritos;
pero dos mujeres juntas
son dos pueblos enemigos.

Y si por una tan solo
perdió Adán el paraíso,
¿qué hará el mortal desgraciado
que tiene en su casa cinco?

Todo el día están en lucha:

«si te miró fulanito;»

«si tú saliste á paseo;»

«si yo no tengo vestido;»

«si mamá está en la novena;»

«si te sientas en mi sitio;»

«si salió el perro á la calle;»

«si tú lloras por marido.»

No callan si no las compro
flores, cintas y abanicos,
encubridores de faltas

y lancetas del bolsillo.

Son los niños entre tanto
diablos ó ángeles caídos,
cuando ruedan de las mesas
rompiendo trastos y vidrios.

El uno que va á la escuela;
el otro que hace novillos;
este que pega á su hermano,
aquel que rasga mis libros.

No tengo muebles seguros,
ni dejan cosa en su sitio:
los unos por ser muy tontos,
los otros por ser muy listos.

Porque no quiero morirme
no he pensado en el suicidio,
y porque al irme al infierno
se vendrán todos conmigo.

«Pide á Dios que de estas penas
me saque pronto benigno:»
así ayer tarde en paseo
cierto pobrete me dijo.

«Que dé á las niñas *casaca*;
qué dé á mi suegra..... lo mismo;
á mi mujer mejor genio
y á mí no mas angelitos.»

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

GEROGLÍFICO.



Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.